

migos; pero nada, en su conducta, durante muchos dias que pasamos juntos, denotó una mala intencion de su parte. Domados por el terror del nombre de Ibrahim, cuyos emisarios creian ver en nosotros, nos dieron todo lo que puede ofrecer su país, el desierto libre, el agua de sus fuentes y un poco de cebada y de maiz para nuestros caballos. Dí gracias al jeque y á sus amigos por la escolta que venian á ofrecernos; se unieron á nuestra caravana, y corriendo aquí y allá á nuestros costados por los cerrillos de arena, aparecian y desaparecian con la rapidez del viento. Llamóme la atencion uno de sus caballos, admirable por sus formas y su ligereza, que era en el que cabalgaba el hermano del jeque, y encargué á mi dragoman que me le comprara á cualquier precio; pero como semejantes ofertas no pueden hacerse directamente sin una especie de ultrage á la delicadeza del dueño del caballo, se necesitaron muchos dias de negociaciones para hacerme posesor de aquel hermoso animal, que destinaba á mi hija, y que le regalé en efecto.

JERICO.

Al cabo de una hora de camino nos hallamos impensadamente al pié de las murallas de Jericó, de veinte piés de elevacion sobre quince ó veinte de anchura, formadas de fagotes de espinos acumulados unos sobre otros, y dispuestos con admirable industria para cerrar el paso á los ganados y á los hombres, fortificaciones que no se hubieran desmoronado al sonido de la trompeta; pero que la chispa del pastor ó la zorra de Sanson hubieran incendiado. Aquella fortaleza de espinos secos tenia dos ó tres anchas puertas siempre abiertas, y donde sin duda velaban siempre de noche los centinelas árabes. Al pasar delante de aquellas puertas, vimos sobre los anchos techos de algunas chozas de barro, todas las mugeres y los muchachos de la ciudad del desierto, agrupados en las mas pintorescas ac-

titudes, que se apiñaban y se levantaban unos en brazos de otros para vernos pasar. Aquellas mugeres, cuyas espaldas y piernas iban desnudas, llevaban por único vestido un pedazo de tela de algodón azul, ceñida al talle con un cinturón de cuero; — los brazos y las piernas rodeadas de muchos brazaletes de oro y plata, el cabello revuelto y flotando sobre el cuello; algunas le llevaban trenzado y entretejido con piastras y sequies, en inmensa profusión, que caían como una coraza sobre su pecho y sus hombros. Algunas había singularmente hermosas; pero no tienen aquel aire de dulzura, de tímida modestia y voluptuosa languidez de las mugeres árabes de la Siria. No son mugeres, son las hembras de los bárbaros; tienen en los ojos y en la actitud el mismo fuego, la misma osadía, la misma ferocidad que el beduino. Entre ellas había muchas negras, y no parecían esclavas: los beduinos se casan igualmente con las negras ó con las blancas, y el color no establece las clases; aquellas mugeres lanzaban ásperos gritos y se reían al vernos pasar; los hombres, por el contrario, parecía que reprobaban su indiscreta curiosidad, y solo nos manifestaban gravedad y respeto. No lejos de las murallas de espinos, pasamos por junto á dos ó tres casas de jeques, hechas con barro desecado al sol y de pocos piés de elevación; la azotea, cubierta de alfombras y de esteras, es la pieza principal, y donde casi siempre está la familia día y noche:

delante de la puerta hay un ancho banco de barro desecado donde se estiende un tapiz para el jefe, quien se establece en él desde por la mañana, rodeado de sus principales esclavos y visitado por sus amigos: el café y la pipa humean allí sin cesar. Un gran patio lleno de caballos, de camellos, de cabras y de vacas, rodea la casa: siempre hay dos ó tres hermosas lleguas ensilladas y puesto el freno para si quiere salir el amo.

Solo nos detuvimos algunos momentos junto al palacio de barro del jeque; quien nos ofreció agua, café, pipas, é hizo matar un becerro y varios carneros para nuestra caravana. También recibimos de regalo granos de maiz tostados, pollos y sandías; luego salimos precedidos por el jeque, y unos quince ó veinte de los principales árabes de la ciudad; hallamos algunos sembrados de maiz y de mijo, bien cultivados en las cercanías de Jericó; algunos huertos de granados y de naranjos; varias hermosas palmeras rodean también las casas esparcidas al rededor de la ciudad; luego todo es desierto y arena. Este desierto es una inmensa llanura con muchas gradas que van bajando sucesivamente hasta el Jordan como verdaderos escalones naturales; los ojos no ven mas que una llanura lisa; pero despues de haber andado una hora, se halla uno de repente á la vera de uno de aquellos terrados; se baja una rápida cuesta, se anda toda-

vía una hora, luego llega una nueva cuesta y así sucesivamente. El piso es una arena blanca, sólida y cubierta de una corteza concreta y salina, producida, sin duda, por las nieblas del mar Muerto que, evaporándose, dejan aquella corteza de sal; no hay piedra ni tierra, escepto al acercarse à las orillas del rio ó de las montañas; por todas partes se tiene un horizonte bastante vasto, y desde muy léjos se puede distinguir un árabe galopando en el llano.

Como este desierto es el teatro de sus correrías, del pillage y destruccion de las caravanas que van de Jerusalem á Damasco, ó de Mesopotamia á Egipto, los árabes se han aprovechado de algunos cerros formados por la arena movediza, y han formado de esta suerte otros facticios para ocultarse de las miradas de las caravanas y observarlas desde mas léjos; abren un agujero en la arena en la cima de esos cerros, y en él se meten con sus caballos. Apenas divisan una presa, se abalanzan con la rapidez del halcon, van á avisar á su tribu y vuelven juntos al ataque; esta es su única industria, su única gloria; su civilizacion peculiar es el homicidio y el pillage, y tanta estima hacen ellos de sus triunfos en este género de proezas como nuestros conquistadores de la conquista de una provincia. Sus poetas, porque los tienen, celebran en sus versos estas escenas de barbarie, y trasmiten, de una á otra generacion, el recuerdo, glorioso para ellos, de su

valor y de sus crímenes. Los caballos sobre todo, tienen su parte de gloria en aquellas poéticas relaciones; he aquí una que nos contó en el camino el hijo del jeque:

“Un árabe y su tribu habian atacado en el desierto la caravana de Damasco; la victoria fué completa, y ya los árabes estaban cargando su rico botin, cuando la caballería del bajà de Acre, que acudia al encuentro de aquella caravana, se precipitó de improviso sobre los árabes victoriosos, dió muerte á muchos de ellos, hizo prisioneros á los demas, y habiéndolos amarrado con cuerdas, se los llevó á Acre para ofrecérselos en regalo al bajà. Abou-el-Masch, que así se llamaba el árabe de quien nos hablaba, habia recibido una bala durante el combate; como su herida no era mortal, los turcos le ataron sobre un camello, y habiéndose apoderado del caballo, se le llevaron tambien consigo. Al anochecer del dia en que debian entrar en Acre, se acamparon con sus prisioneros en las montañas de Safadt; el árabe herido tenia las piernas atadas con una correa y estaba tendido junto á la tienda donde dormian los turcos. Durante la noche, como el dolor de su herida le tenia despierto, oyó relinchar á su caballo entre los otros caballos maniatados al rededor de las tiendas, segun el uso de los orientales; reconoció su voz y no pudiendo resistir al deseo de ir á hablar todavia una

vez al compañero de su vida, logró á duras penas, arrastrándose sobre las manos y las rodillas llegar hasta su corcel. "Pobre amigo mio, le dijo, ¿qué harás entre los turcos? Te encarcelarán bajo las bóvedas de un kan con los caballos de un aga ó de un bajá; las mugeres y los niños no te llevarán la leche de camello, la cebada ó el maiz en la palma de la mano; no volverás á correr libre por el desierto como el viento de Egipto, no hendirás con el pecho el agua del Jordan que refrescaba tu pelo tan blanco como tu espuma;— ¡á lo ménos, si yo soy esclavo sé tú libre! Mira, vete, vuelve á la tienda que conoces, ve á decir á mi muger que Abou-el-Marsch no volverá nunca, y pasa tu cabeza entre las cortinas de la tienda para lamer la mano de mis hijuelos! Esto diciendo, Abou-el-Marsch habia roido con sus dientes la cuerda de pelo de cabra que sirve de trabas á los caballos árabes, y el animal quedó libre; pero viendo á su amo herido y atado á sus piés, el leal é inteligente corcel comprendió, con su instinto, lo que ninguna lengua podía explicarle; bajó la cabeza, olfateó á su amo y asiéndole con los dientes por la correa que llevaba á la cintura, partió á galope y lo llevó hasta sus tiendas. Al llegar, y depuesto que hubo á su amo en la arena á los piés de su muger y de sus hijos, el caballo espiró de cansancio; toda la tribu le lloró, los poetas le cantaron, y su nombre está constantemente en la boca de los arabes de Jericó."

Ninguna idea tenemos en Europa del grado de inteligencia y apego á que la costumbre de vivir con la familia, de ser acariciado por los niños, sustentado por las mugeres, reprendido ó animado por la voz del amo, pueden elevar el instinto del caballo árabe. El animal es, por su raza misma, mas inteligente y manso que las razas de nuestros climas; lo mismo sucede con todos los animales en Arabia: la naturaleza ó el cielo les han dado mas instinto, mas fraternidad para el hombre que en nuestros paises: se acuerdan mas de los dias del Eden en que estaban sometidos voluntariamente al dominio del rey de la naturaleza. Yo mismo he visto muchas veces, en Siria, pájaros cogidos á la mañana por los muchachos y perfectamente domesticados por la tarde, sin tener ya necesidad de jaula ni de hilo en las patas para retenerlos con la familia que los adopta; antes bien, volando libres entre los naranjos y las moreras del huerto, y acudiendo á la voz á posarse en el dedo de los niños ó en la cabeza de las muchachas.

El caballo del jeque de Jericó, que compré y monté, me conocia al cabo de pocos dias, por su amo; ya no queria dejarse montar por nadie mas, y atravesaba toda la caravana para acudir a mi voz aunque mi lengua era estraña para él. Manso y cariñoso para mí, y acostumbrado á los cuidados de mis árabes, caminaba tranquilo y sosegado

en su puesto en la caravana, mientras no halláramos mas que turcos, árabes vestidos á la turca, ó sirios; pero si, aun pasado un año, llegaba a ver un beduino, montado en un caballo del desierto, de repente parecia otro animal; sus ojos se inflamaban, se hinchaba su cuello, su cola se alzaba y azotaba sus hijares como un látigo; se ponía de manos y así andaba muchos pasos: no relinchaba, pero escataba un grito belicoso como el de una trompeta de cobre,— un grito tal que espantaba a todos los caballos, que se paraban aguzando las orejas para escucharle.

La misma fecha.

Al cabo de cinco horas de marcha, durante las cuales parecia que el rio se iba siempre alejando de nosotros, llegamos á la última meseta, á cuyo pié debia correr aquel, pero aunque no estábamos ya mas que á dos ó trescientos pasos de él, no veíamos mas que el llano y el desierto delante de nosotros, y ninguna señal de valle ni de rio. Esta ilusion del desierto es, en mi concepto, lo que ha hecho decir y creer á alguno viageros que le Jordan arrastra sus aguas fangosas por un cauce de guijarros y entre márgenes de arena en el desierto de Jericó. Aquellos viageros no lograron

llegar hasta el rio, y viendo de lejos un vasto mar de arena, no pudiendo imaginarse que un fresco, profundo, frondoso y bello jardin se hallaba entre los mesetas de aquel monótono desierto, y cubria las márgenes del Jordan con cortinas de verdura que le envidiaria el mismo Támesis; y sin embargo así es la verdad.

Confundidos y encantados quedamos cuando llegado que hubimos al borde la última meseta que remata de repente siguiéndole una vega tajada verticalmente, tuvimos á la vista uno de los mas graciosos valles en que jamas han descansado nuestras miradas: precipitámonos á él al galope de nuestros caballos, atraídos por la novedad del espectáculo y por el halago de la frescura, de la humedad y de la sombra de que todo aquel valle estaba lleno; por donde quiera no se veian mas que praderas de la mas hermosa verdura, salpicadas de juncos en flor y plantas bulbosas cuyas anchas y brillantes corolas sembraban de estrellas de todos colores el cesped y el pié de los árboles;—bosquecillos de arbustos de largos tallos flexibles, cayendo como penachos alrededor de sus multiplicados troncos;—grandes abedules de Paris, de ligero follage, no alzándose en pirámides como nuestros abedules podados, sino estendiendo libremente, por todos lados, sus nervudos miembros co-

mo los de las encinas, y cuya corteza, lisa y blanca, brillaba à los móviles rayos del sol matinal; bosques de sauces de todas especies y de grandes mimbres, tan espesos que era imposible penetrar en ellos, tan apiñados estaban los árboles y tan intrincada red formaban las innumerables plantas rastreras que serpeaban à sus piés y se entretejían de una à otra rama.

Aquellos bosques se extendían hasta perderse de vista à los dos lados del rio. Fué nos preciso apear nos y establecer nuestro campamento en uno de los claros del bosque, para penetrar á pié hasta lo corriente del Jordan que oíamos sin verla. Avanzamos con trabajo, ya entre la maleza, ya entre las altas junqueras, hasta que hallamos al pié un sitio donde solo el cesped rodeaba las aguas, y mojamos nuestros piés y nuestras manos en el rio. Puede este tener de ciento à ciento veinte piés de anchura; su profundidad parece considerable, su corriente es rápida como la del Ródano en Ginebra; sus aguas son de un color azul pálido, y están ligeramente empañadas por la mezela de las tierras grises que atraviesa y de las que à cada momento oíamos desmoronarse en las aguas enormes fragmentos; sus orillas son verticales, pero el rio las llena hasta el pié de los juncos y de los árboles de que están cubiertas. Estos árboles, minados à cada instante por las guas, dejaban pender

sobre ellas sus raices; desarraigados muchas veces, y careciendo de apoyo en la tierra que se desmorona, se inclinan sobre las aguas con todas sus ramas y todas sus hojas que entran en ellas, y lanzan especies de arcos de verdura de una à otra margen.

De cuando en cuando uno de aquellos árboles es arrebatado con la porcion del suelo que le sostiene, y boga todo hojoso sobre el rio con sus enredaderas arrancadas y enganchadas à sus ramos, sus nidos sumergidos y sus pájaros todavía encaramados à sus ramas; varios vimos pasar en las pocas horas que pasamos en aquella encantadora vega. El bosque sigue todas las sinuosidades del Jordan, y por do quiera le teje una perpetua guirnalda de ramos y de hojas que se bañan en el agua y hacen murmurar sus ligeras olas. Una innumerable cantidad de pájaros habita aquellas impenetrables selvas. Los árabes nos previenen que no nos separemos de nuestras armas y que avancemos con cautela, porque aquellas espesuras son el asilo de algunos leones, onzas y panteras. Ninguno vimos, pero muchas veces oímos entre la maleza rugidos semejantes à los de estas fieras, y un ruido parecido al que hacen penetrando en lo intrincado de los profundos bosques. Recorrimos, durante una ó dos horas, las partes accesibles de la orilla de aquel hermoso rio. En algunos sitios los árabes de las tribus salvages de las montañas de la Arabia Petrea,

à cuyo pié nos hallábamos, habian incendiado el bosque para penetrar en él ó para coger leña; veíanse muchos troncos calcinados solamente por la corteza; pero los nuevos retoños habian brotado alrededor de los árboles quemados, y las plantas rastrojeras de aquel fértil suelo habian ya enlazado de tal suerte los árboles muertos y los nuevos, que el bosque ofrecia un aspecto mas original, sin ser por eso ménos grandioso y rico. Hicimos una amplia provision de ramas de sauces, de álamos, de todos los árboles de largo tronco y hermosa corteza, cuyos nombres ignoro, para hacer regalos á nuestros amigos de Europa, y volvimos al campamento que nuestros árabes habian trasladado á otra parte durante nuestra escursion por la orilla del rio.

Habian descubierto un sitio todavía mas gracioso y propio para plantar nuestras tiendas que todos los que acabábamos de recorrer, que era una pradera cubierta de una yerba tan fina y tupida como si la hubiera pastado un rebaño de ovejas. De trecho en trecho, diseminados en aquella pradera algunos arbustos de ancha hoja, de algunos ramilletes de plátanos y sicomoros proyectaban una mancha de sombra sobre la yerba donde podíamos tendernos y poner los caballos al fresco. El Jordan, cuya corriente no distaba mas que unos veinte pasos, habia abierto un pequeño golfo poco profundo en medio del claro, y sus aguas iban allí

á girar al pié de dos ó tres altos abedules. Una suave pendiente conducia hasta el rio, y nos permitia conducir á él uno á uno nuestros caballos sedientos, é ir á bañarnos nosotros. Pusimos allí nuestras tiendas y nos detuvimos todo el dia.

Al dia siguiente, 2 de Noviembre, continuamos nuestro camino, dirigiéndonos hácia las mas altas montañas de la Arabia Petrea, dejando y volviendo á hallar el Jordan, segun las sinuosidades de su corriente, y acercándonos al mar Muerto. No lejos de la corriente del rio, en un punto del desierto que no sé como designar, se ven los restos todavía imponentes de un castillo de los cruzados, construido por ellos probablemente para guardar este camino. Estas ruinas no están habitadas y pueden servir de asilo á los árabes emboscados para despojar las caravanas: produce, en medio de aquellas olas de arena, el efecto de un casco de un buque, abandonado en el horizonte del mar. Al acercarse al mar Muerto, las ondulaciones del terreno disminuyen, la pendiente se inclina insensiblemente hácia la orilla; la arena se hace esponjosa, y los caballos, cuyos piés se hundén á cada paso, avanzan á duras penas. Cuando vimos en fin la reverberacion de las aguas no pudimos contener nuestra impaciencia, partimos á galope para precipitarnos en las primeras olas que dormian delante de nosotros brillantes como plomo derretido so-

bre la arena. El jeque de Jericó y sus árabes, que continuaban siguiéndonos, creyendo que queríamos correr el djerid con ellos, partieron entonces al mismo tiempo en todas direcciones por la llanura, y volviendo sobre nosotros y prorumpiendo en gritos, blandian sus lanzas de caña como si hubieran querido traspasarnos con ellas; luego, parando de repente sus caballos y haciéndoles ponerse de manos, dejaban pasar y partian á escape para volver de nuevo. Llegué el primero, gracias á la ligereza de mi caballo turcomano; pero á treinta ó cuarenta pasos de las olas, el cauce de arena mezclada con tierra es tan húmedo y tiene un fondo tan pantanoso, que mi caballo se hundia hasta la barriga y temí sumergirme. Volví atrás y apeándome de mi caballo, nos acercamos á pié á la playa. Muchos viajeros han descrito el mar Muerto: yo no he anotado ni su peso específico, ni la cantidad de sal relativa que contienen sus aguas: no iba yo á buscar allí ni ciencia ni crítica; iba simplemente porque aquel mar estaba en mi camino, porque estaba en medio de un desierto famoso, y porque él tambien era famoso por haberse tragado las ciudades que se elevaron antiguamente allí donde yo veia estenderse sus olas inmóviles. Sus orillas son chatas por el lado de Levante y del Poniente; al Norte y al Mediodia, las altas montañas de Judea y de Arabia la ciñen y descenden casi hasta sus olas.

Las de Arabia sin embargo se alejan de ellas un poco mas, sobre todo por el lado de la desembocadura del Jordan, donde estábamos entonces. Estas orillas están enteramente desiertas; el aire es en ellas fétido y malsano: nosotros mismos experimentamos su influencia durante los dias que pasamos en aquel desierto. Una gran pesadez de cabeza y un sentimiento febril nos atacó á todos y no nos abandonó hasta que salimos de aquella atmósfera. No se ve en aquel mar ninguna isla; sin embargo, al ponerse el sol, creí desde lo alto de un cerro de arena distinguir dos en el confin del horizonte, hácia el lado de la Idumea: los árabes no lo saben. El mar tiene, en esta parte, treinta leguas de largo por lo ménos, y nunca se aventuran á seguir tan lejos su ribera. Ningun viajero ha podido nunca acometer una circumnavegacion del mar Muerto; ni aun ha sido visto nunca por su otra estremidad, ni por sus orillas de Judea y de Arabia. Creo que somos los primeros que hemos podido, en toda libertad, esplorarle bajo los tres aspectos; y si hubiéramos tenido algun tiempo á nuestra disposicion, nada nos hubiera impedido hacer venir tablas de pino del Líbano, de Jerusalem, ó de Jafa, hacer construir una chalupa y visitar en paz todas las costas de este maravilloso Mediterráneo. Los árabes, que generalmente no dejan á los viajeros acercarse, y cuyas preocupaciones se oponen á que nadie intente navegar en

aquel mar, estaban de tal modo sumisos á nuestras menores voluntades, que no hubieran opuesto ningun obstáculo á nuestra tentativa. Seguramente lo hubiera ejecutado si hubiera podido preveer la acogida que hallamos entre aquellos árabes; pero ya era tarde; hubiera sido preciso enviar á Jerusalem por carpinteros para construir la barca, lo que nos hubiera llevado, con la navegacion, por lo ménos tres semanas, y teniamos los dias contados: renuncié, pues, á ello con sentimiento.

Un viagero, en las mismas circunstancias que yo, fácilmente podrá realizarlo, y derramar sobre este fenómeno natural y sobre esta cuestion geográfica, las luces que hace tanto tiempo solicitan la crítica y la ciencia.

El aspecto del mar Muerto no es triste, ni fúnebre, salvo para la imaginacion. A la vista, es un lago deslumbrador, cuya inmensa y plateada sábana de agua representa la luz y el cielo como un espejo de Venecia; hermosas montañas proyectan su sombra hasta sobre sus orillas: se dice que no hay pescados en su seno, ni pájaros en sus riberas: — no lo sé, no ví ni procelarias, ni gaviotas, ni aquellos hermosos pájaros blancos, semejantes á palomas marinas, que nadan todo el dia sobre las olas del mar de Siria y acompañan á los caiques sobre el Bósforo; pero á algunos centenares de pasos del mar Muerto, maté con mi escopeta unos pájaros parecidos á patos silvestres que se

alzaban de las pantanosas orillas del Jordan. Si el aire [del mar fuera mortal para ellos, no irian tan cerca á arrostrar sus vapores mefíticos. Tampoco ví aquellas ruinas de ciudades devoradas que se ven, dicen, á poca profundidad debajo de las aguas: los árabes que me acompañaban aseguran que se descubren algunas veces. Mucho tiempo seguí las orillas de aquel mar, ya por el lado del Arabia, donde está la desembocadura del Jordan (este verdaderamente es allí, como lo describen los viageros, una charca de agua sucia en un cauce de barro), ya del lado de las montañas de Judea, donde las márgenes se elevan y toman á veces la forma de los ligeros méganos del Oceano. En todas partes nos ofreció la superficie del agua el mismo aspecto: brillo, azur é inmovilidad:—verdaderamente los hombres han conservado la facultad que Dios les dió en el Génesis de llamar á las cosas por sus nobres. Este mar es hermoso; resplandece, inunda, con la reflexion de sus aguas, el inmenso desierto que cubre; atrae la vista, conmueve la fantasía, pero está muerto; le faltan movimiento y ruido; sus aguas, demasiado pesadas para el viento, no se desarrollan en sonoras ondas, y jamas la blanca cintura de su espuma juega sobre las guijas de sus márgenes:—es un mar petrificado.

¿Cómo se ha formado? Probablemente, como dice la Biblia y como dice la verosimilitud; vasto

centro de las cordilleras volcánicas que se estien-
den de Jerusalem á Mesopotamia, y del Líbano á
la Idumea, un cráter se habrá abierto en su seno
en los tiempos en que siete ciudades poblaban su
llanura. Las ciudades serian destruidas por el ter-
remoto; el Jordan, que segun todas las probabilida-
des, corria entonces por estos llanos, é iba á de-
sembocar en el mar Rojo, atajado de repente por
los collados volcánicos salidos de la tierra, y pre-
cipitándose en los cráteres de Sodoma y Gomorra,
formaria este mar corrompido por la sal, el azufre
y el betun, alimentos ó productos ordinarios de los
volcanes; tal es el hecho, tal es la verosimilitud.
Esto nada añade ni quita á la accion de aquella
soberana y eterna voluntad que unos llaman mi-
lagro y otros naturaleza.—Naturaleza y milagro
¿no es todo uno? ¿Y qué otra cosa es el univer-
so mas que un milagro eterno y de todos los mo-
mentos?

La misma fecha.

Volvemos por la parte septentrional del mar
Muerto, del lado del valle de San Saba. El de-
sierto en esta parte es mucho mas escabroso; está
surcado de enormes olas de tierra y de arena que
á cada instante nos es preciso torcer ó salvar. La

hilera de nuestra caravana se dibuja ondulosamen-
te sobre la espalda de esas olas, como una larga
flota en un mar alborotado, cuyos diferentes bu-
ques se ven y se pierden vista sucesivamente en
los pliegues de la marejada. Al cabo de tres ho-
ras de camino, á veces por pequeñas llanuras don-
de corremos á galope, á veces á la vera de hondos
barrancos de arena donde ruedan algunos de nues-
tros caballos, vemos delante de nosotros el humo de
las casas de Jericó. Los árabes se destacan y huyen
hácia aquel humo: dos solamente se quedan con no-
sotros para enseñarnos el camino. Al acercarnos á
Jericó, los principales vecinos árabes vuelven á sa-
lirnos al encuentro. Nos acampamos en medio de
un prado á que dan sombra algunas palmeras y
por donde corre un riachuelo. Pronto están alza-
das nuestras tiendas, y hallamos una cena prepa-
rada, gracias á los regalos de todo género que han
traido los árabes á nuestro campamento. El ára-
be que montaba el hermoso caballo que yo desea-
ba adquirir, habia mostrado admirar el caballo
turcomano que yo habia montado la víspera. Há-
bilmente traída la conversacion sobre nuestros ca-
ballos mútuos, hacen los árabes el elogio de varios
de los míos: propóngole trocar el suyo por el caba-
llo turcomano; toda la tarde discutimos sobre lo que
le he de dar encima, y nada se decide aún. Cada
vez que me estiendo hasta el precio que pide, mani-
fieste un sentimiento tan grande de deshacerse de su